

BICENTENARIO DE MARIANO OSPINA RODRÍGUEZ

Fabio Villegas Botero

En el devenir de los pueblos hay personas, instituciones o hechos que para bien o para mal dejan huella profunda en la memoria de sus gentes. Precisamente en este bello recinto, obsequio de la anterior Administración Municipal para festejar el centenario de nuestra Academia, hemos asistido recientemente a la celebración del sesquicentenario de dos personalidades eminentes del Departamento, Marco Fidel Suárez y Nito Restrepo. Hoy nos reunimos para conmemorar el bicentenario de Mariano Ospina Rodríguez, eminente patricio de vínculos muy estrechos con Antioquia.

Quiero compartir con ustedes la saga inquietante de este personaje de “un desmesurado espíritu”, al decir de Héctor Ocampo Marín. Desde hace un año me dediqué a escudriñar su vida y personalidad. Mi primer interés era avanzar en el conocimiento del origen y evolución del pueblo antioqueño iniciado en mi obra, *El alma recóndita del pueblo antioqueño*, donde encontré que nuestro pueblo sí tiene un ancestro judío, como lo comprobó la investigación de su ADN realizada hacia el año 2000 por el Laboratorio de Genética Molecular de la Universidad de Antioquia. Esta constatación rebate las afirmaciones en contrario de Mariano y otros antioqueños de los siglos 19 y 20, aunque lo más fundamental es el ancestro cultural que nos legaron, esa idiosincrasia que nos distingue radicalmente de los demás habitantes de Colombia.

Aunque Mariano no nació en Antioquia, sino en un frío rincón de Cundinamarca, no sólo era un descendiente lejano de uno de los primeros fundadores de pueblos en nuestro Departamento, Francisco Martínez de Ospina, sino que se radicó casi de por vida en esta tierra desde sus 24 años, después de

compartir en Bogotá con varios antioqueños durante su infancia y juventud. Aquí formó sus tres sucesivas familias, y, a nombre y en representación de Antioquia, desarrolló una activa vida política en la cual llegó hasta la más alta magistratura de la Nación.

No pretendo hacer su biografía, algo que realizó con maestría su pariente, secretario y confidente Estanislao Gómez Barrientos hace ya casi un siglo. Tampoco, un relato novelado de su vida individual y familiar, su obra de minero, agricultor, comerciante, educador, periodista, político, gobernante. Menos aún analizar la función por la que ha perdurado en la historia, fundador del Partido Conservador. El propósito es más sencillo. En breves trazos, rescatar algunas facetas de esa personalidad que llenó uno de los períodos más trascendentales y agitados de la Colombia recién independizada, casi todo el siglo XIX, pues nació en 1805 y murió en 1885. Largo período que para muchos es de incesantes guerras civiles; de innumerables constituciones, hasta para ángeles una de ellas; de unos cuantos golpes de estado; de alternancias de centralismo y federalismo; del nacimiento de dos partidos políticos que han perdurado más de siglo y medio, como de indescifrables personalidades: Bolívar, Santander, Mosquera, López (José Hilario), Obando, Núñez, los dos Caro (José Eusebio y su hijo Miguel Antonio) y otros, incluido, Mariano, quien me ha servido y puede servirle a muchos de hilo de Ariadna para adentrarnos en el laberinto apasionante de esa época.

Su remoto antepasado vivió una vida de aventuras, como conquistador del suroriente de nuestro Departamento y fundador de la ciudad de Remedios, trasladada una y otra vez, siempre en búsqueda de más y más minas de oro; más y más indios que lo explotaran en beneficio suyo. Se disgustó con Gaspar de Rodas, porque dilataba la creación de nuevas fundaciones donde repartir encomiendas y minas. Finalmente fue llamado a juicio y condenado al destierro en Guasca. Allí el padre de Mariano, Santiago Ospina Urbina, vivió una vida de hacendado satisfecho con los bienes que poseía y sin ambicionar mayores riquezas, dedicado a: “cultivar sus campos en épocas determinadas, conforme a las indicaciones del tiempo y a las reglas admitidas en el cultivo de las papas y el trigo, haciendo que los mozos trabajasen en las tareas que se les señalaban, cuidando de las vacas y las ovejas y trasladando los bueyes a los páramos...”.

En ese ambiente bucólico y metódico nació Mariano el 18 de octubre de 1805. De los cuidados de su madre, Josefa Rodríguez Acosta: “matrona de estirpe bíblica y personalidad amorosa y firme”, poco pudo disfrutar, ya que murió cuatro años después al dar a luz a Pastor, el hermano con quien com-

partiría actividades políticas, prisiones y el largo destierro en Guatemala. Dos tías maternas, Cecilia y Rafaela, vivían en una finca cercana. Esto le permitía al niño ciertas pilatunas: “Cuando observaba que en una empezaban a familiarizarse demasiado conmigo y a regañarme, dice, buscaba pretexto para volverme a la otra”.

Si bien uno es hijo de sus padres y lleva la impronta genética de toda su ascendencia, no es menos cierto que, a la vez, es hijo de su tiempo. Y el de Mariano fue un tiempo azaroso. Antes de cumplir cinco años, el fervor revolucionario que agitaba las colonias españolas había llegado a Bogotá y estalló el 20 de julio de 1810. Seguirían esos años desperdiciados en rencillas fraternales, la Patria Boba. Tras aprender las primeras letras en la escuela que su padre había creado en el pueblo, fue enviado a la capital a la casa del párroco de Las Nieves, amigo de su padre, y comenzó a estudiar en la Escuela de Gramática Latina del jurista antioqueño José María de la Torre Uribe. Fue su primer contacto con Antioquia.

No sabemos si ya estaba en Bogotá cuando hizo su ingreso Morillo, quien, después de sacrificar toda una ciudad, la heroica Cartagena, inmoló en la capital una generación de humanistas, científicos y políticos maduros que le hubieran dado a la futura República un devenir más sereno que los imberbes que la dirigieron en los años frustrantes de la Gran Colombia, y ésta, tal vez, se hubiera perpetuado y fuera hoy uno de los países más respetables del continente. Junto con su maestro y otros antioqueños de la capital, como lo hicieron los de la provincia, encontró fácil acomodarse a las circunstancias. Así halagaba a sus tías, furibundas realistas, sin ofender al padre, tibio independentista.

A los tres años efectuó un nuevo acomodo. La ominosa derrota del ejército español en el Pantano de Vargas conmocionó la capital. La vergonzosa huída del virrey Sámano le permitió a los bogotanos recibir jubilosos, a pesar de sus rencores, al Libertador el 10 de agosto de 1819 tras la batalla de Boyacá. Ospina, de sólo 13 años, lo debió vitorear entusiasta. Sus amigos antioqueños se enorgullecían con Francisco Antonio Zea en la presidencia del Congreso de Angostura. Sus coterráneos, mucho más, con Santander, de apenas 27 años, Presidente de la Nueva República con sede en Bogotá.

A principios de 1823, cuando llega a Bogotá el eco de los triunfos del Libertador y sus ejércitos en Ecuador y Perú, comienza Mariano sus estudios de derecho en el Colegio de San Bartolomé. Allí cursa literatura, matemáticas, física, filosofía y derecho romano con eminentes catedráticos, la mayoría comprometidos en política. Entre ellos se destacaba el jurista antioqueño, José Félix de Restrepo, libertador de los esclavos en Antioquia y Cúcuta. Sus

enseñanzas le insinuaban ya el especial modelo político de los antioqueños, que Mariano vaciaría en los principios del Partido Conservador: “Antioquia es un país de orden y seguridad, en el que el gobierno ofrece cumplidas garantías de respeto a la propiedad”, como escribió en 1875 en sus *Opiniones de Pero Grullo*.

Dos fogosos santanderistas, Vicente Azuero y Francisco Soto, se convirtieron en sus modelos. De ellos hará esta reminiscencia amarga años después: “Matriculado en Jurisprudencia en San Bartolomé no pude asistir a las clases de medicina, que mucho me habrían convenido, porque la misma hora estaba señalada para la de Legislación, y di la preferencia a esta, particularmente por la simpatía que me inspiraba el catedrático Dr. Azuero, por su talento florido y carácter, que era culto, insinuante y benévolo, y, si por su vehemencia se dejaba arrastrar a veces de la pasión política, con todo, me parecía menos propenso que el Dr. Soto a dejarse dominar por los sentimientos rencorosos”.

A éste último lo reemplazaría en 1828, en la cátedra de Economía mientras él asistía con los santanderistas a la Convención de Ocaña. No fue su primera incursión en pedagogía. Concluidos sus estudios de jurisprudencia en San Bartolomé, viajó a Tunja a optar su grado de Doctor en la Academia de los Dominicos. Ya graduado, José María Triana lo nombró Subdirector de su Colegio en Bogotá, verdadera escuela normal lancasteriana. Ahí se gestaron los ideales pedagógicos que no lo abandonarían en su larga existencia: “Yo anhelaba por la formación de profesores verdaderamente versados y competentes, caracterizados por la suavidad y la paciencia, capaces de tomar a pecho la tarea de poner la enseñanza al alcance de los niños, haciéndola amable, insinuante y atractiva. Métodos suaves y pacientes, mucha claridad y precisión en la definición de las palabras, en la aplicación de las reglas, que se pusiese mucho interés en el desarrollo gradual de los alumnos a fin de habituarlos a fijar la inteligencia a las labores de la investigación, sin exponerlos a la fatiga de la cabeza, y que se procurase infundirles elevados y nobles sentimientos y ayudarles a adquirir el arte de discurrir con lógica, de palabra y por escrito, con claridad y precisión y sin pedantería. (...)”

Preocupado con tales ideas, me proponía trabajar un tiempo en el país con el objeto de allegar ahorros suficientes que me permitieran trasladarme a Europa para consagrarme a la adquisición de conocimientos útiles y aplicables que me pusiesen luego en capacidad de ser obrero eficaz en la tarea de la civilización del país. Imaginábame que, estando en Europa, utilizaría el tiempo estudiando lenguas extranjeras, (...) las matemáticas, la física, la mecánica, la hidráulica, la química, la geología y, particularmente, la parte de estos ramos aplicable a la agricultura, a la minería y a la industria en general, el dibujo

lineal y el topográfico, la economía política, la higiene, las reglas de la administración pública, la construcción económica de edificios, puentes y caminos, y proponíame vivir con economía, (...) y adquirir nociones prácticas en todo lo relativo a la vida ciudadana y rural de las gentes laboriosas, económicas y honradas, y a la administración municipal (...), y después de esto regresar a Colombia acompañado de varios profesores jóvenes que estuvieran dispuestos a colaborar conmigo en la fundación de un colegio científico e industrial, en el campo”. Fue lo que realizó muchos años después en Fredonia, el Colegio de Combia, que luego trasladaría a Medellín.

Entremos a uno de los momentos más dolorosos de su vida. La conspiración contra Bolívar. Su biógrafo dice que Ospina siempre trató de eludir referirse a ella. Carlos Martínez Silva afirma que escuchó de sus labios: “Ustedes los de esta generación no pueden juzgar con imparcialidad este suceso. Para ello sería necesario apreciar las circunstancias de la época, (...) las humillaciones y vejámenes infligidos por los venezolanos, el proceder arbitrario del llanero; hechos de esta naturaleza repugnaban notablemente a la juventud ilustrada y generosa”. Para él: “En casos semejantes (...) sucede a menudo que la pasión política se exalta de continuo, se ciega al menor rumor de las faltas cometidas por el adversario, se enciende con el brote del menor chispazo y lo arrastra a uno mucho más lejos de lo que pudiera imaginarse”.

¿Cuál fue la parte de Ospina?: “La tarde del 25 de setiembre fue invitado a una reunión que tuvieron los conjurados, en la cual se manifestó que, teniéndose en Palacio conocimiento de los planes subversivos que ellos tenían entre manos, no les quedaba más remedio que atacar al Libertador, proyecto que el Dr. Ospina combatió con decisión y franqueza. Mas, habiéndole increpado uno de ellos que su oposición a esto procedía de cobardía o traición, el Dr. Ospina, herido así en lo más sensible del amor propio, tuvo la debilidad de ceder, manifestándoles que, aunque estaba muy lejos de opinar como ellos, los acompañaría como hasta entonces, para mostrarles que lo dicho nada tenía que ver con los móviles de cobardía o traición...”.

Florentino González relata el desarrollo subsiguiente: “A eso de las 10,30 de esa noche se decidió la estrategia final para asaltar el palacio de Bolívar. Grandes peligros íbamos a arrostrar, cuya consideración era capaz de doblegar el corazón más bien puesto. Mas el entusiasmo por la libertad prevaleció sobre el temor. (...) Doce ciudadanos, unidos a 25 soldados al mando del comandante Carujo, fuimos destinados a forzar la entrada del palacio y coger vivo o muerto a Bolívar”. Cuando éste logró huir: “vi que se había frustrado nuestro plan y me dirigí a la calle para escaparme con Azuero, Acevedo, el doctor Mariano

Ospina y otros. (...) Yo me separé allí de los demás conjurados, y con el doctor Mariano Ospina seguí hasta la esquina de la casa de moneda, de donde él tomó otro camino”.

En su ancianidad Ospina volvería sobre sus sentimientos respecto al Libertador: “Para los jóvenes ardientes de 1828, era un dogma que el General Bolívar aspiraba a establecer la monarquía. La historia, con la publicación de muchas cartas, ha venido a confirmar que no teníamos razón. Si algún cargo pudiera hacerse al Libertador sería el de no haber tenido valor y constancia para establecer un gobierno sólido, eficaz, para tener a raya los elementos perturbadores y para el mantenimiento del orden; un gobierno más conforme con el estado de atraso, de incomunicación y de pobreza del país, pues es indudable que los próceres imbuídos en las teorías brillantes y seductoras, pero en gran parte quiméricas, de los publicistas franceses, cometieron un error al aplicarlas a un país tan poco adecuado como el nuestro”. Son unas palabras más sinceras y nobles que las aducidas por José Eusebio Caro en *La Civilización* en 1849: “Sí, el Dr. Ospina fue uno de los conjurados del 25 de septiembre, (...) Sí, y el 25 de setiembre fue un gran crimen, pero el Dr. Ospina era apenas, entonces, un adolescente, casi un niño”.

El bautismo de Ospina en la política no pudo ser más frustrante. Se lo reprocharían toda la vida. Huyó a Guasca, a la hacienda de su padre, de donde lo llevaría a Antioquia su compañero de hospedaje y estudios Anselmo Pineda. Con la muerte del Libertador nuestra región se santanderiza. Ospina ingresa al gobierno local. Es el secretario de confianza de todos los gobernadores durante la década de los 30. Con todo, sus afectos políticos empiezan a cambiar. A medida que se conservatiza Antioquia, lo hace él.

Pero el cambio más trascendental es de otro orden, aunque se produce en esa misma década. Era el 6 de julio de 1836. Mariano, de apenas 30 años, y quien hacía sólo dos o tres se había casado con Marcelina Barrientos Zulaibar recibió un golpe terrible y doloroso, la muerte de su primogénito, Tulio, de apenas un año, quien denotaba mucha inteligencia y lo llenaba de ilusiones. Cuentan que entrada la noche veían salir de la casona en la plaza principal, donde vivía la familia, a un señor embozado en una capa española, que se dirigía hacia el cementerio iluminado por una lámpara de minero y allí permanecía casi hasta el amanecer inclinado sobre la tumba de su hijo. Fueron muchas noches de insomnio y desolación. En esas largas horas de soledad se debió gestar la que él denominó su conversión. La relata en carta a su tercera esposa, Enriqueta Vásquez, en otro momento profundamente amargo de su vida, la reclusión en la Cárcel de San Diego en Cartagena:

“Llegó una de esas ocasiones de prueba que la Providencia nos destina: murió el primer Tulio, mi hijo único entonces, y el único que en la supuesta proximidad de mi muerte debía sobrevivirme; y entonces procuré, no atenuar el dolor, sino hundirme en él hasta el más hondo de sus abismos. *La idea de acelerar el fin de la vida no era acaso extraña a tal resolución.* Gozar a rienda suelta del dolor, perseguirlo, saborearlo con ahínco, lleva el alma a un estado de arrobamiento que la creación entera desaparece delante de ella; no se siente otra existencia que la de los seres queridos (...), pero no se sienten, no se perciben como seres distintos, sino como puntos sensibles y dolorosos de la existencia propia. (...) Hundido en la desolación, gozándome en ella, si esto puede decirse, pues el idioma no tiene palabras ni frases para expresar los sentimientos extremos del alma, me pregunté: ¿Qué es el dolor? ¿Qué es el amor, fuente única de los grandes dolores? ¿De dónde proceden? ¿A qué conducen? ¿Por qué y para qué ama y padece el hombre con tanta intensidad, con tan extremada violencia?

(...) *Entonces me encontré cara a cara con la Divinidad*, porque cuando la creación desaparece no hay nada más que Dios y la nada. Recorrí en su presencia mi filosofía; yo me creía entonces un filósofo, y sorprendido y confuso reconocí que mi espíritu estaba lleno de preocupaciones y de vanidades; mi supuesta ciencia bebida en los filósofos franceses del siglo pasado [18] me pareció miserable, pues no podía satisfacer a ninguna de las cuestiones capitales que mi situación establecía. Entonces mis ideas tomaron otro giro, y el sentimiento, la conciencia del deber predominaron sobre todas las teorías; y entonces pude explicarme por qué y para qué había dado Dios al hombre el amor y los grandes dolores del alma.

De ahí en adelante he luchado para tener a raya las fuertes conmociones de la pasión; no por un cálculo de conveniencia o por un impulso instintivo, sino por *respeto a la ley suprema del deber que la Divinidad nos ha impuesto, y que me ordena conservarme, perfeccionarme y sujetar todo acto interno o externo a la regla de la fe y la luz de la razón.* (...) Las pasiones en la primera juventud prenden y suben como la llama en un haz de paja seca; pero con la misma facilidad se debilitan y se apagan; las que en la edad de la razón y de la reflexión se desarrollan y avasallan el alma, no se extinguen jamás (...) Tengo la confianza más firme y absoluta en la asistencia de la Providencia Suprema; creo que jamás ha enviado en balde el sufrimiento, y espero que vendrán mejores días”.

Si lo fueron o no los que siguieron, cada cual lo puede juzgar. En mi concepto, el decenio de los 40 fue en el que Mariano logró sus mayores realizaciones, aun por encima del cuatrienio en la Presidencia a finales de los 50. Pero, también, en los que su obra fue más combativa y combatida. Cuando se desató la guerra de los supremos y los antioqueños fueron derrotados, huyó hacia Bogotá y se dirigió a Bucaramanga a apoyar al general Pedro Alcántara

Herrán. A principios de 1841 regresa a Bogotá para incorporarse a la Cámara de Representantes. Herrán es elegido Presidente y toma posesión el 2 de mayo. El 12 nombra a Ospina Secretario del Interior y de Relaciones Exteriores, y encargado de la Dirección General de Instrucción Pública. Allí llevaría la batuta del Gobierno, como lo reconocen amigos y enemigos.

El triunfo de las fuerzas legales, consolida a los Ministeriales, que gobernaban desde el cuatrienio de José Ignacio Márquez. La muerte prematura de Santander elimina los posibles escrúpulos de quienes habían sido sus seguidores. Para Ospina, las causas de la revolución habían sido: “El defecto de educación moral y religiosa, la enervación del poder público y el desprecio consiguiente de la autoridad, y el libertinaje de la imprenta”. Para remediarlas emprendió tres empresas. Una nueva Constitución, la del 43, férreamente autoritaria y centralista. Duraría diez años. La búsqueda de una Ley de educación para moralizar la juventud, suprimiendo cualquier elemento que pudiera rechazar el clero y poniendo a éste como su guardián. Y, como arco toral de su proyecto arquitectónico, traer los jesuitas para educar la juventud de la élite. Adicionalmente emprendió con denuedo una labor periodística de gran beligerancia principalmente en *El Día* y *La civilización*.

Doris Wiese de Gouzy en la introducción a la *Antología del Pensamiento Político de Mariano Ospina Rodríguez* escribe: “Un espacio poco explorado en el análisis de las tendencias socioeconómicas, políticas y culturales del pensamiento de Mariano Ospina Rodríguez está constituido por la influencia que los jesuitas pudieron ejercer sobre sus ideas”. Y Javier Ocampo en *El Proceso Ideológico de la Emancipación en Colombia* afirma: “la obra de los jesuitas influye decisivamente en un sector de los intelectuales de la nueva clase que afianza su poder en la Nueva Granada a partir del proceso de consolidación de la República, entre los cuales se encuentran Mariano Ospina Rodríguez y muchos de sus amigos, como Anselmo Pineda, Juan de Dios Aranzazu, José Eusebio Caro y otros, que coinciden de manera general con el proyecto de poder propuesto por aquellos para el desarrollo autónomo y armónico de las excolonias de América. Modelo que convierte la idea liberal del progreso en la ideología conservadora de consolidación y defensa del poder del estado, (...) y reconoce que no puede haber orden sin una clase ilustrada que pueda mantenerse en el poder”.

Sobre su reforma educativa plasmada en la Ley 28 de 1842 comentaba José María Samper: “Tres ideas cardinales dominaban en aquel plan: la primera sujetar a los alumnos a severa disciplina, así en sus costumbres y moralidad como en sus estudios y adquisición de grados profesionales; la segunda, introducir el elemento religioso en la dirección universitaria, complementando

la instrucción con la *educación*; y la tercera, reorganizar las enseñanzas de manera que en ellas se introdujesen elementos conservadores (...). El tiempo me hizo ver con claridad, que él tenía razón en lo tocante a las dos primeras, pues la juventud había carecido totalmente de disciplina. (...) Mas en la práctica (...) fueron las cosas demasiado lejos, a tal punto que se dio a la Universidad de Bogotá un aspecto casi clerical. Clérigos eran el Rector y el inspector, y jesuítas tres de los profesores de San Bartolomé (...), y tanto rigor había en las prácticas religiosas, que el exceso suscitaba de parte del mayor número de alumnos una reacción en sentido contrario. En cuanto al tercer objeto cardinal de la reforma, (...) su acción fue *contraproducente*. La juventud comprendió que la querían *hacer* conservadora (...) y por espíritu de contradicción se volvió toda liberal e incrédula”.

La traída de los jesuítas no era fácil de conseguir. El padre Rafael Pérez en su historia, *La Compañía de Jesús en Colombia y Centro América*, dice que Ospina se valió de “un expediente que, manejado con actividad y destreza, vino a producir el efecto deseado”. Propuso una ley que establecía un Colegio para preparar misioneros de indígenas, (...) La comunidad que se traería la designaría el Poder Ejecutivo. Sería, por supuesto, la Compañía de Jesús. Su ardid, a la postre, resultaría tremendamente perjudicial.

Un primer grupo de jesuítas llegó a Santa Marta el 26 de febrero de 1844 y de ahí se dirigió a Bogotá. Casi todos eran españoles perseguidos en su patria. Desde un principio encontraron el recibimiento afectuoso de unos y el rechazo violento de otros: “Algunos granadinos no ven en nuestra existencia en el interior de la República y en la educación que damos sino desgracias, desdichas e infortunios”. Curiosamente, uno de los rechazos más violentos lo sufrieron en Medellín en 1845, cuando Ospina, ahora Gobernador, les encargó la rectoría y algunas cátedras en el Colegio Académico. “Los amigos del país”, liderados por José María Facio Lince y Emiro Kastos (Juan de Dios Uribe) los hicieron renunciar. En respuesta, sus amigos les ayudaron a crear el Colegio de San José y a construir la Iglesia del mismo nombre, blindándolos de tal manera que no pudieran ser expropiados por el gobierno.

La educación de la élite, y, más que nada, la creación de la Congregación de artesanos, convertida luego en *Sociedad Popular* imitada por gran parte del clero, que los liberales vieron como un instrumento de los conservadores en contra de la *Sociedad de Artesanos* orientada por ellos, hizo que los jesuítas fueran duramente cuestionados. José María Samper, acérrimo crítico entonces, escribió más tarde: “tal fue la pasión que se apoderó de todos los ánimos, así a favor como en contra de la Compañía de Jesús, que en breve hombres y mujeres, ancianos y niños nos distinguíamos más por los calificativos de *jesuíta* y

antijesuíta, que por los de ministeriales y opositores. (...) Los liberales de entonces la detestábamos con una intolerancia que llegaba hasta el odio (...). Los contrarios no eran menos intolerantes, y llamaban impío y enemigo de la religión a todo el que se mostraba adverso a los jesuítas. Aquellos buenos sacerdotes (...) vinieron a servir como de bandera política. La religión quedó así complicada con la política, y ésta con la religión, y nuestros partidos políticos tomaron desde entonces un aspecto como de sectas enemigas”.

El clero se convirtió en instrumento político del Partido Conservador y en blanco de los ataques del Liberal. Adicionalmente, la educación fue como el estandarte que unos y otros enarbolaron en sus contiendas, verdaderas guerras civiles. No eran guerras contra la religión. Eran guerras entre partidos con un trasfondo clerical o anticlerical, que se prolongaron, por desgracia, más de un siglo, dejando como víctima fatal, la educación pública, prácticamente la única asequible para el pueblo. José Hilario López desterró a los jesuítas en 1850. Ospina los volvió a traer durante su presidencia. Durarían muy poco. Los volvió a desterrar Tomás Cipriano de Mosquera tras apoderarse de la presidencia después de su guerra contra Ospina.

Imposible relatar la multitud de veces en que Ospina fue perseguido y sentenciado a muerte, al igual que sus innumerables fugas. Cuando cayó prisionero de Mosquera, pensó que llegaría lo peor. Por fortuna la sentencia de muerte se le conmutó por prisión en Cartagena, de donde sólo podría fugarse casi año y medio después gracias a la valentía de su tercera esposa, Enriqueta Vásquez, que movió todos sus influjos, compró todas las ayudas, y logró que pudiera fugarse y salir finalmente hacia Guatemala, de donde un nuevo destierro le permitiría regresar a la patria.

Mariano Ospina Rodríguez alcanzó éxitos como muy pocos han logrado. Pero, a la vez, sufrió como el que más. La muerte de sus dos primeras esposas todavía muy jóvenes; la de ese primer Tulio; la de todos los hijos e hijas de los dos primeros matrimonios a una edad inmensamente promisoría. Solo quiero, antes de terminar, transcribir una carta de su esposa Enriqueta, desde Guatemala, a su tío Julián Vásquez, en la que se junta el dolor de ambos:

“Me permito hoy desahogarme y permítame que lo haga con usted, pues siendo usted el mejor amigo de Ospina, me podrá dar un consejo en mi actual situación, que es quizás peor que cuando Ospina estaba en Bocachica, porque entonces todo mi esfuerzo tendía a un solo y conocido objeto, a sacarlo a él de la cárcel, y trabajando día y noche en ese sentido me había olvidado de todo, hasta de mis hijos. Hoy no sé que es lo que debo hacer, y siento mi ser agotado por tantas penas.

Solo Dios sabe cuánto he sufrido desde que me casé; mi alma tan sensible, tan tierna, tan apasionada, se sintió herida hasta en lo más profundo con la oposición que en su familia y en la mía había para mi casamiento. No se como hice esto a disgusto de mi idolatrado papá. A veces me parece que la Providencia me guiaba para ayudarle a pasar a Ospina los días terribles que se le esperaban... Me fui luego a Bogotá, en donde viví llena de zozobras y angustias por la separación de mi familia, por la vida de Ospina y por mil cosas más que usted sabe. (...)

La muerte de Santiago, la de Antonia, la terrible guerra, la prisión de 15 meses de Ospina que ha sido para mí tan querido, son dolores que Ud. comprende muy bien sin que yo se los explique; y luego este largo y penoso destierro, ocultándoles a todos mis penas, manifestándome conforme con no volver a mi cara patria, viendo desaparecer a las personas queridas... y a Ospina, mi ídolo, agobiado bajo el peso de tantos desengaños, de tantos infortunios, son penas que es necesario sufrirlas para comprender su amargura.

¿Qué no he hecho yo durante estos 6 años para mejorar la suerte de las personas que amo...? Ud. ha visto cuánto me he afanado por hacerle a Ospina llevadero este destierro; todo paso desagradable que ha habido que dar, me he encargado de darlo; no ha habido negocio que esté a mi alcance que no emprenda, por desagradable que me sea, para aliviar la situación. Ospina ha hecho lo que solo Dios sabe, pero sus aptitudes no son para hacer nada en Guatemala, y hemos ido desengaño tras desengaño, hasta caer en la más completa desilusión, en el más profundo desaliento. Años enteros nos hemos ocultado mutuamente este cáncer que nos está devorando, y yo al ver a Ospina tan dulce, tan suave siempre en sus maneras, ahora revelando en todo el desaliento... no me siento con fuerzas para soportar esta nueva prueba. (...)

¿Irnos a Medellín? Ese ha sido mi primer pensamiento, pero mil dificultades se presentan... El, por su edad, no puede ya sepultarse en Remedios a trabajar minas... Estoy dispuesta a trabajar de cualquier modo y en cualquier parte, porque para mí no hay trabajo que, siendo honrado, no me parezca honroso... Yo me había prometido que los últimos años de Ospina fueran muy diferentes del resto de su vida, pero Dios no lo ha querido. ¡Que se haga su voluntad! No haber tenido hasta ahora un pedazo de tierra donde, al plantar un árbol, pueda uno decir, esto lo verán y lo querrán mis hijos; ni un rancho en que ellos pudieran entrar un día como en su propia casa, y decir: aquí nació, aquí me aconsejó mi madre, allí murió ella, allí mi padre, es un dolor que a mí me conmueve en todo mi ser. Mis hijos no tienen pasado de qué hablar, han vivido errantes como sus padres, y no pueden tener siquiera, como nosotros, el amor a la Patria, que nunca se extingue. Ellos no tienen patria, pero mi corazón y mi razón me dicen que tengo el deber de buscarles una a costa de cualesquiera sacrificios. ¿Cuál será?

Perdóneme, mi querido tío, (...) pero es que hay veces en que no se puede detener el desborde del dolor.

Su amiga de corazón,

Enriqueta”.

Hoy, casi siglo y medio después de tan terrible lamento, afortunadamente podemos decir, que tanto dolor, tanto sufrimiento no fueron en balde. Los grandes éxitos en todos los órdenes de sus hijos y su extensa descendencia, son la retribución generosa de la Providencia. No solo ustedes, los familiares; también Colombia lo saluda hoy en tan importante efemérides. Felicitaciones y muchas gracias por su presencia.